

CHARLES GLASS
DESERTORES

UNA HISTORIA SILENCIADA
DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



Ariel

www.elboomeran.com

Charles Glass

Desertores

Una historia silenciada
de la segunda guerra mundial

Traducción de Joan Andreano Weyland

Ariel

Primera edición: junio de 2014

Título original: *Deserter. The Last Untold Story of the Second World War*
Publicado originalmente por HarperPress, sello de HarperCollinsPublisher

© 2013, Charles Glass

© 2014, de la traducción Joan Andreano Weyland

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2014: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-344-1850-9
Depósito legal: B. 10867 - 2014
Impreso en España por Reinbook

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Contenidos

Introducción	IX
LIBRO I	
De chicos a soldados	1
LIBRO II	
De soldados a desertores	183
LIBRO III	
Justicia militar	269
Epílogo	375
Agradecimientos	389
Notas	393
Bibliografía	445
Índice temático	457

Uno

Desde su más tierna infancia, se enseña a los niños estadounidenses que matar es malo, que es la peor equivocación.

Psychology for the Fighting Man, Prepared for the Fighting Man Himself. Comité del Consejo Nacional de Investigación con la colaboración del Servicio Científico como contribución al esfuerzo bélico, *The Infantry Journal*, Washington DC (y Penguin Books, Londres), 1943, p. 349

Mientras la Gran Guerra de 1914-1918 acababa, el soldado de primera clase William Weiss abandonaba Francia con una pierna quemada por las balas alemanas, los pulmones llenos de gas venenoso y acosado por los recuerdos. Convaleciente en un hospital católico en las cercanías de Tours, el soldadito judío estadounidense se enamoró de su enfermera francesa. El romance, que lo ayudó a resistir durante cuatro meses, acabó cuando la 77^a División de Infantería, a la que pertenecía, se reagrupó en Brest para el viaje a Nueva York. En abril de 1919, cinco meses después del armisticio, Nueva York tenía poco que ofrecer a Weiss. La recesión económica de posguerra comenzaba a notarse, conforme las fábricas de armamentos despedían trabajadores y los bancos presionaban para cobrar las deudas adquiridas durante la guerra. Muchos soldados de la 77^a División habían perdido su trabajo a favor de civiles cuando entraron en el Ejército de los EE.UU.

Al menos el 25 por ciento de ellos no albergaban esperanzas de tener un trabajo y no pretendían nada más que una calurosa bienvenida. Conforme zarpaban para atravesar el Atlántico, incluso la bienvenida comenzó a parecer dudosa.

Para sorpresa de los mandos de la 77^a División, el Departamento de Guerra declaró que no brindaría a los hombres el tradicional desfile de la victoria.

Sólo un mes antes, la 27^a División de Infantería, los «Cuellos Duros de O’Ryan», había marchado, orgullosa, por la Quinta Avenida, aclamada por multitudes en éxtasis. Tanto la 27^a como la 77^a eran divisiones procedentes de Nueva York, y eso era casi todo lo que tenían en común. Los hombres de la 27^a, todos voluntarios, en su mayoría irlandeses, eran buenos estadounidenses cristianos y temerosos de Dios. La 77^a estaba compuesta por concriptos, inmigrantes recientes procedentes de Italia, Grecia, Rusia, Polonia, Armenia, Siria y China. El 30 por ciento eran judíos. Doce mil de ellos obtuvieron la ciudadanía estadounidense mientras luchaban de uniforme, lo que los convertía, a ojos de la mayoría de políticos de Washington, en «americanos, pero menos».

Cuando los ciudadanos de Nueva York, pese a todo, insistieron en rendir homenaje a la 77^a División, el Departamento de Guerra esgrimió toda una serie de pretextos para impedirlo. Declaró que los propios soldados preferían que no hubiera desfile. Cuando se les preguntó, los soldados, unánimemente, se mostraron a favor. Entonces el secretario de Guerra, Newton Baker, alegó las objeciones de los tenderos de la Quinta Avenida a la instalación de gradas entre las calles 97 y 98. Cuando los tribunales rechazaron la moción de los tenderos, el Departamento alegó que el desfile sería muy caro, casi un millón de dólares..., una cifra que pronto tuvo que rebajar a 80.000. Finalmente alegó que desembarcar a 30.000 hombres al mismo tiempo paralizaría los muelles.

Las mentiras del Departamento de Guerra enfurecieron a los neoyorquinos. La totalidad de los chicos de la 77^a División procedía de la metrópolis, mientras que los miembros de la 27^a, de la Guardia Nacional, procedían de sitios tan remotos como Schenectady o Albany. Se reunieron asambleas por todo

Manhattan para albergar protestas. El Comité de Bienvenida a los Chicos Judíos que Regresan de la Guerra envió un telegrama urgente al secretario de Guerra Baker: «El East Side, que ha contribuido con una cuota tan importante a esta División, se encuentra irritado por negársele la oportunidad de rendir tributo a esta División (...) Le urgimos con determinación a hacer cuanto esté en su poder para que el desfile tenga lugar. Será un acto de patriotismo».⁸ Al día siguiente, el Comité envió un cable al presidente Woodrow Wilson «como comandante en jefe del Ejército de los EE.UU., a revocar la prohibición de desfilas a la 77ª División. La gente del East Side ha cedido gustosa a sus hijos para que luchen en Francia por su país, y desea rendir un emocionado homenaje a los chicos que regresan y a la memoria de los que duermen para siempre en tierra extranjera».⁹

Charles Evans Hughes, antiguo juez del Tribunal Supremo y candidato republicano a las presidenciales de 1916, presidió una reunión de los paneles del Sistema de Servicio de Selección* que habían reclutado a los hombres de la 77ª dos años atrás. «Queremos hacer por la 77ª lo que hicimos por la 27ª», declaró Hughes. «No debe haber ningún intento de discriminar a ninguno de los chicos que han ido al frente, de Nueva York o de ningún otro lugar.»

Nadie discutía los logros de la División: más de dos mil de sus hombres habían muerto, y otros nueve mil habían resultado heridos. Más del doble de víctimas que la 27ª División. Fue una de las primeras divisiones estadounidenses en entrar en combate y la única en estar en el frente de combate todos los días de la ofensiva de Meuse-Argonne. El *New York Times* escribió acerca de la División, formada mayoritariamente por inmigrantes: «La 77ª luchó continuamente desde el momento en que entró al sector de la Lorena, en [junio de] 1918, hasta quedar a las puertas de Sedan, cuando se firmó el armisticio.

* El *Selective Service System* o Junta de Selección es un organismo encargado de mantener una base de datos actualizada con los nombres y direcciones de aquellos estadounidenses aptos para el reclutamiento forzoso de ser necesario. (N. del T.)

Hizo retroceder a los alemanes desde el río Vesle hasta el río Aisne. Los arrancó del corazón mismo del bosque de Argonne. Y quedó séptima entre las [veintinueve] divisiones con mayor número de Cruces del Servicio Distinguido concedidas por valentía en acción». ¹⁰ Cuando lanzó un ataque contra los alemanes a lo largo del río Vesle, apodado por las tropas «el agujero infernal de Vesle», el general Erich Ludendorff empleó el fosgeno y el gas mostaza que cegaron e incapacitaron a miles de soldados aliados. William Weiss fue uno de ellos, y tuvieron que retirarlo del campo de batalla con los ojos vendados a causa del ardiente dolor que provocaban los venenos, y con su pierna casi desprendida por una herida de bala.

El heroísmo de neoyorquinos como el soldado Weiss desmentía la ortodoxia militar que opinaba, como expresaba en el *Manual de Instrucciones para Paneles de Consulta Médica* del Ejército de EE.UU., que «los nacidos en el extranjero, y especialmente los judíos, son más propensos a fingir enfermedades que los nacidos aquí». ¹¹ El Dr. William T. Manning, director de la Asociación de Auxilio al Regreso, declaró, en una reunión en Nueva York, que las familias de los soldados se sentían víctimas de discriminación racial. Woodrow Wilson, un caballero sureño cuya legislación había introducido la segregación racial en el funcionariado federal en 1913, se mostró impertérrito ante las acusaciones. En su Discurso sobre el Estado de la Unión de 1915, el presidente demócrata había dicho: «Hay ciudadanos de los Estados Unidos, me avergüenza decirlo, nacidos bajo otras banderas pero bienvenidos bajo nuestras generosas leyes de naturalización a la absoluta libertad y oportunidades de América, que han vertido el veneno de la deslealtad en las propias arterias de nuestra vida nacional; que han intentado arrastrar por la infamia el buen nombre y la autoridad de nuestro gobierno (...) Estas criaturas de las bajas pasiones, de la deslealtad y la anarquía han de ser aplastadas». ¹²

Ni el 369º Regimiento, formado exclusivamente por negros y conocido como los *Harlem Hellfighters* («Luchadores Infernales de Harlem»), ni la 77ª División de Infantería, compuesta mayoritariamente por inmigrantes, se ganaron la admiración del presidente, pese a que ambas habían obtenido

más condecoraciones que la mayoría de las unidades formadas exclusivamente por blancos y «americanos».

El clamor público comenzó a ser tan fuerte que el Departamento de Guerra tuvo que recular. Los barcos que transportaban a la División atracaron a finales de abril, y el 6 de mayo los hombres formaron en el centro de la ciudad para uno de los desfiles más grandes de la historia de Nueva York. Las escuelas cerraron y los trabajadores salieron de las panaderías, lavanderías y tiendas para aclamar a los chicos que habían ganado la guerra que debía acabar con todas las guerras. Con el rifle en el hombro y el casco calado, los hombres de la 77^a marcharon ocho kilómetros por la Quinta Avenida, desde Washington Square hasta la calle 110, ante más de un millón de personas que los aclamaron. Llamada habitualmente la División *Liberty*, por la Estatua de la Libertad que lucían en sus parches, o, a veces, la División Metropolitana, ahora eran «los chicos de Nueva York». «Las ventanas de todos los edificios estaban llenas de espectadores, ondeando banderas o lanzado [sic] papeletos, caramelos, fruta o cigarrillos»,¹³ informaba el *New York Times*. «La mayoría de ventanas se reservaron para veteranos heridos o sus parientes, y se colocaron bancos públicos en lugares preferentes para los hombres que convalecían en los hospitales». Parte de los 5.000 heridos desfilaron en coches abiertos proporcionados por asociaciones benéficas locales, mientras que otros lo hicieron con muletas o en sillas de ruedas. A fin de no olvidar a los 2.356 enterrados en Francia, la procesión incluía un simbólico cortejo de Compañías de Muertos.

Sólo los desertores, apenas 21.282 de entre los más del millón de hombres de la Fuerza Expedicionaria Estadounidense, pasaron desapercibidos.¹⁴ La mayoría se encontraban en calabozos militares o huyendo de la Policía Militar en Francia. De los veinticuatro soldados estadounidenses condenados a muerte por desertión, el presidente Wilson conmutó las penas a todos. La Gran Guerra tuvo un índice de desertión menor, pese a su escasa popularidad en muchos lugares, que cualquier conflicto previo de Estados Unidos.

Había habido más abandonos de la batalla por parte de británicos y franceses, pero sus cuatro años en las trincheras

superaban al año de los americanos. Gran Bretaña fusiló a 304 soldados por deserción o cobardía, y Francia, a más de 600.¹⁵ En la 77ª División, tan sólo unos pocos hombres habían abandonado su puesto frente al enemigo. Quizás por vergüenza, se los había clasificado como Desaparecidos en Acción.

Cuando el desfile finalizó al llegar a la calle 110, el comandante de la 77ª División, el general Robert Alexander, declaró: «ha llegado la hora de convertir las espadas en arados, y estos hombres se comportarán tan bien en su vida civil como lo hicieron por su país en Francia».¹⁶

No todos los hombres se desarrollaron tan bien en la vida civil como en Francia. El héroe más condecorado de la División, el teniente coronel (y distinguido con la Medalla de Honor) Charles Whittlesey se suicidó en 1921: una baja de guerra tardía. Otros murieron a causa de sus heridas después de regresar a casa, o quedaron incapacitados o reclusos en psiquiátricos el resto de sus vidas. Muchos reclutas, incapaces de hallar trabajo, migraron al oeste. Entre ellos estaba William Weiss, quien, con veintisiete años de edad, abandonó su casa tanto para olvidar la guerra como para ganarse la vida. El herido veterano trabajó como peón en los campos de trigo de Kansas y luego siguió el *boom* del petróleo hacia Oklahoma y Texas como peón de cubierta. Esto le llevó a un periodo de trabajo con el Departamento Federal de Narcóticos, que en 1920 había entrado a formar parte de la Unidad de Prohibición del Departamento del Tesoro. Entre las tareas de la Unidad estaba la intercepción de drogas ilegales como el alcohol o la marihuana desde México. Algo ocurrió en El Paso que obligó a Weiss a dimitir, un episodio que ocultó incluso a su familia. Regresó a Nueva York, donde en 1923 se casó con una joven llamada Jane Seidman. El 3 de octubre de 1925, la pareja tuvo un hijo, Stephen James. La familia lo llamaba Steve, pero su madre le puso el apodo de *Lucky Jim*, «Jim el afortunado». Cinco años después tuvieron una niña llamada Helen Ruth.

Steve y Helen crecieron en un apartamento de paredes de ladrillo rojo en el 275 de Ocean Avenue en Brooklyn, frente al parque Prospect. «El barrio era tranquilo y arbolado», recorda-

ría años más tarde Steve Weiss.¹⁷ «Sus habitantes eran blancos de clase media que trabajaban duro. La mayoría éramos hinchas de los Dodgers.»

Muchos, como los Weiss, se habían trasladado allí procedentes de cuchitriles del Lower East Side de Manhattan. William Weiss era un padre distante y poco cariñoso. Todos los Días del Armisticio se encerraba en su habitación, a solas, durante una hora, más o menos. «No lo conocía»,¹⁸ recuerda Steve Weiss. William trabajó en mil y un empleos precarios, frecuentemente como vigilante. Lo poco fiable de sus ingresos creaba tensión entre padre e hijo: «No pagaba las facturas de la luz», recuerda. «Empleaba el dinero para apostar». Aun así, Steve guarda buenos recuerdos del viejo: «Era muy divertido; fue un gran contador de historias. Nunca maduré». Cuando llegó la Gran Depresión, William Weiss dio consejos a otros veteranos sobre cómo obtener beneficios y pensiones de sus años de servicio militar. Incluso obtuvo algo para sí mismo, que la familia empleó para tomarse sus primeras vacaciones lejos de casa, en Poughkeepsie.

En junio de 1942, seis meses después del ataque japonés a Pearl Harbor que llevó a Estados Unidos a entrar en la segunda guerra mundial, Steve se graduó en el Instituto de Lafayette de Brooklyn. Tenía dieciséis años, dos menos que la mayoría de sus compañeros de clase. Alto para su generación, con 1,80 metros, pesaba 75,5 kilos y tenía un hermoso cabello castaño ondulado. Continuó estudiando por las noches, tomando clases de nivel universitario de psicología, patología y química. De día trabajaba en la recién creada Oficina de Información de Guerra (OWI) del gobierno, en calidad de fotolitógrafo. Su tarea era hacer placas, a partir de fotografías, para los periódicos y pósteres propagandísticos de la Oficina. Steve Weiss quería hacer más, servir al otro lado del océano en la Rama de Guerra Psicológica del ejército, cuyo objetivo en Europa era el mismo que el de la OWI en casa: crear apoyo público para la causa aliada.

La única manera de llegar a la Rama de Guerra Psicológica era alistarse en el Ejército de los EE.UU.. Con 17 años, Steve necesitaba el permiso de su padre. Llevó los papeles de

alistamiento a casa, pero William Weiss se negó a firmar. El viejo miró al muchacho «con una mezcla de sorpresa y arrepentimiento» antes de decirle a su hijo «la guerra real no es como en las películas». Las aspiraciones de Steve a entrar en Guerra Psicológica se desvanecían. Si esperaba a cumplir los 18 años, en octubre, la Junta de Selección lo llamaría por sorteo. Los sorteados sin grado universitarios tenían muchas probabilidades de acabar como soldados de infantería, probablemente el puesto más peligroso y menos reconocido de las fuerzas armadas.

Steve suplicó a su padre, pero éste se mantuvo impasible: «Parece que fue ayer», comenzó William a explicarle por primera vez, «pero en la primavera de 1918 me hirieron de bala y con gases cerca de Fismes y esas experiencias nunca se han borrado de mi cabeza. Me he pasado la mayor parte de mi vida intentando recuperarme, comenzando por cuatro meses en un hospital francés cerca de Tours y al menos dos años recuperándome en el Oeste». ¹⁹ Entonces William Weiss le reveló el secreto que había guardado desde que se había ido de Texas: «Cuando trabajaba como agente federal de narcóticos disparé por accidente a un hombre en las calles de El Paso. ¿Lo sabías? Desde aquel día no tengo más energías ni ambiciones. Estoy demasiado asustado para intentar nada». El joven Steve, de diecisiete años, sólo pudo tartamudear: «Papá, yo...».

—Olvídate de las banderas, las bandas de música y los desfiles —le dijo su padre—. Eso sólo es seducción. Para que haya más alistamientos. La guerra trata sobre matar, sobre terribles sufrimientos y espíritus quebrantados.

—¿Estás intentando asustarme? —preguntó Steve.

—No —dijo su padre—, sólo te pido que no hagas ningún movimiento repentino. Si el ejército te necesita, te encontrará. —Cuando vio que el joven no escuchaba, intentó apelar a su consciencia—: Mira todo lo que tu madre y yo hemos hecho por ti. Incluso durante la Depresión, tu hermana siempre tuvo algo que ponerse para salir. Hice chapuzas, y tu madre trabajó en los grandes almacenes Macy's todos los días como vendedora, haciendo todo lo que fuera necesario

para mantener unida la familia. ¡Y casi sin dinero! ¿Eso no te dice nada?

—Papá —dijo Steve—, si no firmas esos papeles, falsificaré tu firma y huiré.

Con gran disgusto, William Weiss firmó para que su hijo entrara en el Ejército de los Estados Unidos.

Dos

Pero para los locos o los heroicos que ignoran toda limitación física, la naturaleza puede que proporcione esas especiales formas de escape del dolor o de la emoción demasiado difíciles de soportar.

Psychology for the Fighting Man, p. 320

El soldado John Vernon Bain desertó del ejército británico en Escocia mucho antes de que el ejército lo enviara al combate. No era ningún cobarde. Los récords del joven voluntario, de diecinueve años, en el ring, sus medallas y su fama en la prensa así lo demuestran:²⁰ finalista con catorce años en los Campeonatos Escolares de Gran Bretaña, Campeón de la División Noroeste junior, Campeón de los pesos medios del Mando Escocés en 1941. Sin embargo, ese mismo año había abandonado durante tres semanas la base de su regimiento en Fort George, que para él era «ese oscuro promontorio gris sobre el fiordo Moray, como un Leviatán fosilizado».²¹ En aquel momento era cabo del 70º Batallón del Regimiento Highland de Argyll y Sutherland. Desertar de un trabajo relativamente fácil como PTI (instructor físico) en Escocia no tenía mucho sentido, y su justificación sonaba a vaga incluso cuarenta y seis años después: «Se suponía que yo era cabo, pero no era bueno para ello. No tenía ni idea de cómo realizar la instrucción, montar guardias y todo ese tipo de cosas. En un acto de disgusto, o algo así, decidí pasar de

todo ello. No estuve fuera mucho tiempo, sólo tres semanas». ²²

En lugar de someterlo a consejo de guerra por deserción, el oficial al mando de Bain lo degradó a soldado raso. «Si bajas de rango y habías sido suboficial», dijo Bain, «podías pedir que te transfirieran a un nuevo destino». ²³

»Y a mí me transfirieron a los Escoceses de Londres, que era un regimiento hermano de los Gordons. Y así es como acabé en los Gordon Highlanders». Su nueva unidad era el 5º/7º de los Gordons, una unión de los antiguos 5º y 7º Batallones del distinguido regimiento creado por el duque de Gordon en 1794. Su comandante en jefe era el teniente coronel H. W. B. Saunders.

Bain se había presentado voluntario por vez primera en 1940 para convertirse en piloto de la Real Fuerza Aérea, pese a admitir que era «especialmente ignorante con respecto a la realidad política». ²⁴ No sabía nada de los nazis, de la anexión de Austria por Alemania ni de la ambición de Hitler de conquistar casi toda Europa. Un examen físico arrojó que era daltonico y que tenía un ojo lesionado por un puñetazo, lo que lo incapacitaba para volar, de modo que él y su hermano mayor, Kenneth, decidieron convertirse en marinos mercantes. Ninguno de ambos hermanos, al haberse criado en la ciudad interior de Aylesbury, en Buckinghamshire, era un marinero de primera, ni tenía experiencia alguna a bordo de un barco. Sus intentos de ingresar, antes de la Navidad de 1940, en los muelles de Londres, Cardiff y finalmente Glasgow tan sólo obtuvieron burlas. Alojados en una pequeña habitación cuyo alquiler les estaba consumiendo la mayor parte de los magros ahorros que habían traído de casa, John y Kenneth decidieron arriesgarse a hacer caso de un póster: «¿Tienes entre 18 y 20 años? Si es así, puedes unirse a un batallón de jóvenes soldados». ²⁵

John preguntó a su hermano: «¿Qué tal? Al menos así tendríamos zapatos sin agujeros». Kenneth le corrigió: «Botas». Añadió el importante argumento de que, dado que era dos años mayor que John, pasaba de veinte.

Tenían la noción de que los hermanos gemelos no podían separarse. «El oficial de reclutamiento no mostró el menor sig-

no de incredulidad cuando dimos la misma fecha de nacimiento»,²⁶ escribió John. «Nos realizaron un examen médico y pasamos como A1». El Ejército los envió al 70º Batallón de Argyll y Sutherland, en el Bay Hotel, a las afueras de Glasgow. «El ejército era un cuerpo al que había jurado no ingresar», escribió Bain, «pero, me dije a mí mismo, un regimiento escocés sería algo diferente, más glamuroso». ²⁷ El glamur del *kilt* del regimiento, las gaitas y los tocados con estilo pronto dio paso a un entrenamiento para los reclutas mucho menos glamuroso. «El objetivo era convertirle a uno en una especie de autómatas», dice Bain. «En cierto modo, funciona.»

Le «disgustó muchísimo el ejército» y recuerda su tiempo en Escocia como «casi dos años de aburrimiento, incomodidad y tristeza, aliviados por ocasionales borracheras...». ²⁸ Se sentía especialmente resentido contra «los primeros días en el ejército, cuando tocaba hacer la primera guardia de pie en Duff House, en Banff, en el cruel invierno de 1941 (...) y proteger la vieja mansión contra el ataque de imaginarios paracaidistas alemanes disfrazados de monjitas». ²⁹ Por la manera en que Bain recuerda su paso por el servicio militar se diría que era patológicamente poco apto para tareas de soldado. Escribió: «Yo era por naturaleza utópico, impuntual y torpe, cualidades que no encajan con la autoridad militar». ³⁰ Treinta años después de la guerra, recordaba:

... no tanto las batallas como el demoledor tedio del servicio en el Reino Unido, los entrenamientos, las maniobras, las guardias, las carreras, la incomodidad, la humillación, la frustración, el aburrimiento y (rara vez, aunque inolvidables) los momentos de situaciones extrañas y cómicas, la emoción y alegría del extraordinario bienestar físico cuando la comida, la calidez y similares no eran elementos comunes que uno esperaba por derecho de manera cotidiana, sino que disfrutaba con intensidad, como auténticas bendiciones. ³¹

Como muchos otros jóvenes británicos de la época, Bain tenía poca experiencia con gente de otras clases sociales. Sus orígenes eran lo que él define como «clase trabajadora, pero

con aspiraciones (de tipo completamente materialista) a una asfixiante buena educación». ³² Su madre leía libros y tenía un piano, y su padre trabajaba como autónomo en un estudio fotográfico. Los oficiales, algunos de ellos sin más cualificación que el acento adecuado, le irritaban, pero los «demás rangos» le parecían casi una especie extraña. Cuando uno de ellos le preguntó su nombre, respondió «Vernon», su segundo nombre, el que siempre había empleado. Bain recuerda la mofa por parte del grupito de compañeros: «¿Vernon? ¿Qué es eso?» Y yo respondí rápidamente “John”, que era algo que podían entender. De modo que en el ejército me convertí en “John”. ³³

«Un montón de chicos del 70° Argyll eran de los arrabales de Glasgow, de los Gorbals», recuerda, «y tenían costumbres bastante repulsivas». ³⁴ En otra ocasión en que recordaba a sus compañeros de escuadra, escribía: «Mis camaradas eran, en su mayoría, iletrados, hijos amargados de la huelga general, de los suburbios de Glasgow y Edimburgo». ³⁵

Uno de ellos robó la medalla de oro de boxeo de Bain, una muestra de lo habituales que eran los robos y hurtos entre la tropa. Sin embargo, escribió, «Te apoyaban sin dudarlo, y eran generosos». Con sólo dos chelines diarios de paga, los *Jocks** daban sus últimos peniques a los camaradas que lo necesitaran, o los empleaban en pagarles una pinta. La única persona en quien Bain confiaba era su hermano Kenneth, al que transfirieron a los Reales Ingenieros un año después de su alistamiento. Fue más o menos la época en que John escapó durante tres semanas.

Para resistir, Bain ocultó a sus compañeros su pasión por los libros, la poesía y la música clásica. En realidad, dejó de leer casi por completo. «Suprimí deliberadamente la parte de mí que más valoraba», escribió.

Me avergoncé de mi interés por la literatura, las ideas y el arte. Adopté conscientemente una máscara de aldeano corto de

* Nombre no oficial que se daba a la 9ª División (escocesa) durante la primera guerra mundial y a la 9ª División (*Highlander*) de Infantería durante la segunda guerra mundial. (*N. del T.*)

miras. Con dieciocho años ya era adicto a la cerveza con avaricia, de modo que no tuve que actuar para interpretar al borracho. Mi interés en el boxeo era auténtico y mis habilidades, respetadas, de modo que no me era complicado poner los músculos a funcionar y rugir con los chicos rugientes. Pero tampoco era bueno para mí: era vergonzoso y brutal.³⁶

Tras su traspaso a la Compañía B del 5°/70° de los Gordon Highlanders, Bain hizo un buen amigo. El soldado Hughie Black era un escocés de clase trabajadora de aproximadamente su misma edad y con un desprecio aún mayor por los oficiales. El cinismo de Black hacia lo militar tenía un profundo componente de clase y, de haber sido posible, se hubiera mantenido al margen de la guerra. El alto boxeador de Buckinghamshire y el oriundo de Glasgow de 1,67 metros formaban una pareja extraña pero llena de camaradería. Como la mayoría de escoceses, Black decía *aye* en lugar de *yes*, y empleaba un rico vocabulario lleno de obscenidades como *Fucky Nell*. Llamaba a Bain *china*, por *china plate*, que rima con *mate*, compañero en inglés. Si Bain tenía un amigo en la Compañía B que reemplazara a su hermano, era el espabilado Hughie Black.

El tedio de los entrenamientos y las guardias llegó a su fin el 20 de junio de 1942, cuando los Gordons, con el resto de regimientos de la División Highlander, embarcaron en el *Spirit of Angus* y otros barcos en el estuario del Clyde, así como en Liverpool y Southampton.

Su destino final, al igual que el de la mayoría de soldados embarcados aquellos días, no se comunicaba a los soldados. El convoy de veintidós barcos de transporte de tropas, escoltado por ocho destructores, se encaminó al sur, atravesando el golfo de Vizcaya, en dirección a África. Para la mayoría de aquellos jóvenes, se trataba de la primera vez que salían de Gran Bretaña.

El 5°/7° Gordons formaba parte de la 51ª División Highland, al mando del general Douglas «Tartan Tam» Wimberley. Wimberley medía 1,90 metros de altura, solía vestir un kilt y libraba una inútil guerra con el alto mando para no incluir soldados ingleses ni de las Lowlands en su división. Su predece-

sor en el mando de la División Highland había sido el general Morven Fortune. En aquel momento, Morven y la división original languidecían en campos de prisioneros alemanes, tras su rendición ante el general alemán Erwin Rommel en Saint-Valérie-en-Caux, durante la batalla de Francia, en junio de 1940. Las afortunadas unidades que habían conseguido escapar a Gran Bretaña formaban el núcleo de la nueva División Highland. Las gloriosas historias de la 51^a División y de los regimientos que la componían, como la Guardia Negra,* y su legado en Egipto, que se remontaba a la primera conquista, en 1882, no presentaban ningún atractivo para Bain. Entonces, y posteriormente, se negaba a ver de un modo sentimental tanto la guerra como el ejército.

Bain y sus camaradas vivían, en el mar, en camarotes comunes, y envidiaban la privacidad y mejores alimentos de los oficiales. Bain dijo de sus compañeros: «No tenían el menor respeto por los oficiales».³⁷ Pasaban el tiempo jugando a cartas y boxeando. Para alegría de sus camaradas del 5^o/7^o Gordons, Bain derrotó a un sargento de los Cameron Highlanders.

El 21 de junio, al día siguiente de que el convoy zarpara, Gran Bretaña sufrió una mayúscula derrota, la cuarta de la guerra, tras la pérdida de Francia, Singapur y Birmania. Rommel, que había hecho prisionera a la 51^a División Highlander original en Francia, conquistó el puerto libio de Tobruk e infligió un total de bajas de 35.000 hombres a las fuerzas británicas y de la Commonwealth. El corresponsal de guerra australiano Alan Moorehead, que cubría la campaña del norte de África para el diario británico *Daily Express*, escribió: «Es una derrota tan completa como lo pueda ser».³⁸ El comandante en jefe británico de las Fuerzas de Oriente Medio, el general Claude John Eyre Auchinleck, replegó sus tropas nuevamente hacia Egipto, hacia la línea férrea costera de El Alamein. La débilmente defendida Línea Alamein, que discurría entre el Mediterráneo, al norte, y la depresión de Qattara, completa-

* *Black Watch* («Guardia Negra»). Nombre del 3^{er} Batallón del Royal Highland Regiment of Scotland, regimiento de infantería fundado por orden del rey Jorge II de Gran Bretaña en 1725. (*N. del T.*)

mente inaccesible, al sur, quedaba a sólo noventa y cinco kilómetros de Alejandría.

Entre tanto, la Royal Navy había evacuado Alejandría para impedir su captura ante el avance de las tropas del Eje. La noticia, que no era precisamente un impulso a la moral colectiva de la tropa, llegó a la División Highland mientras ésta estaba todavía en altamar. Algunos hombres supusieron que los destinarían a reforzar las maltrechas defensas británicas en el desierto, pero oficialmente nadie les dijo nada.

Los barcos repostaron en Freetown, Sierra Leona, pero no se permitió a los hombres desembarcar por temor a que contrajeran la malaria. Conforme el convoy enfilaba más hacia el sur por la costa africana, los soldados de a bordo ignoraban que en Egipto sus camaradas habían sucumbido al pánico que los británicos denominan *the flap*, «la agitación».

En El Cairo, el 1 de julio, la quema de documentos en la embajada británica y los cuarteles provocó columnas de humo tan denso que aquel día pasó a conocerse como el «miércoles de ceniza». Los trenes que partían hacia la Palestina británica estaban llenos a reventar de personas y equipajes. Los súbditos británicos hacían cola frente al banco Barclay's para retirar su dinero. Prevalecía un sentimiento de derrota, como Alan Moorehead, cuya esposa e hijos habían partido en tren hacia Palestina, pudo comprobar en la carretera entre El Cairo y Alejandría. «Era —escribió—, una retirada a gran escala. Armas de todo tipo, camionetas de la RAF,* vehículos de ingenieros, coches acorazados y un número incontable de camiones atestados de hombres exhaustos y durmiendo entraban en El Cairo desde la carretera del desierto (...) En nuestra dirección (la dirección que llevaba vehículos hacia el frente) no había nadie (...)»³⁹

Peor aún para los británicos fue que 20.000 soldados desertaran de filas.⁴⁰ Muchos se refugiaron en el delta del Nilo, algunos viviendo del pillaje y otros sobreviviendo gracias a la caridad de los campesinos egipcios, los *fellahin*. Muchos se escondieron con novias en El Cairo. Los miembros de la Policía Militar británica, apodados «gorras rojas» por el distintivo co-

* *Royal Air Force*, la fuerza aérea británica. (N. del T.)

lor de su tocado, establecieron un punto de control en El Deir, en la carretera entre El Alamein y Amariya. «Se revisaban todos los vehículos, y el personal civil que viajaba hacia el este como pasajero tenía que responder ante la Policía Militar acerca de los motivos de su viaje», escribía el comandante S. F. Crozier, de la Real Policía Militar y Servicio de Prebostes.⁴¹

«Se habían dado órdenes por escrito de disparar a cualquier persona a la que se le hubiera dado el alto y lo desobedeciera.» Cuando algunos desertores condujeron a través del desierto para evitar el punto de control, la Policía Militar colocó «bajo observación continua» el desierto a ambos lados de la carretera.

El Comandante en Jefe para Oriente Medio, Auchinleck, creía que la solución eran consejos de guerra que impusieran sentencias de muerte ejemplarizantes. Ya en abril de aquel año, Auchinleck había escrito al Departamento de Guerra con la petición de «apremiar al gobierno de Su Majestad para que considere de forma urgente la legislación necesaria para restaurar, en la Ley Militar, la pena de muerte por los delitos de Deserción en el campo de Batalla y Comportamiento ante el enemigo que muestre cobardía».⁴² A diferencia de los Estados Unidos, Gran Bretaña había abolido la pena de muerte por deserción. Durante la primera guerra mundial, en que los estadounidenses no habían ejecutado a nadie por desertor, los británicos habían fusilado a 304 personas por deserción, cobardía, desobediencia y abandono de su puesto de combate.⁴³ La repulsión de posguerra hacia los pelotones de fusilamiento había llevado al gobierno laborista de la década de 1930 a pasar por alto las objeciones de los mandos militares y prohibir la ejecución de desertores.

«Con el incremento en el número de soldados en Egipto y Palestina, tras la entrada de Italia en la guerra [en junio de 1940], los delitos sufrieron un incremento proporcional»,⁴⁴ escribía el comandante Crozier, de la RMP. «La conscripción forzosa trajo un porcentaje de soldados con historial o tendencias delictivas. A muchos se los sorteó hacia Oriente Medio.» El comandante Crozier, que creía que había muy pocos policías militares para lidiar con soldados criminales en Egipto, continuaba:

A su llegada a Egipto descubrieron que ciertos soldados habían decidido que las delicias de El Cairo y Alejandría eran preferibles a la monotonía, incomodidades y peligros de las campañas en el Desierto Occidental y el este de África. Estos desertores se unían para formar bandas problemáticas y peligrosas que acabaron siendo muy familiares para la Rama [de Investigaciones Especiales, SIB] bajo los nombres de «Cuerpo Británico Libre» y «Los Chicos de la Calle».

Incluso antes de la caída de Tobruk, el comandante Crozier señalaba que «no pasaba un día sin detenciones». La RMP envió oficiales y hombres de refuerzo, muchos de ellos antiguos miembros de Scotland Yard, desde Gran Bretaña y las colonias, para enfrentarse al aluvión de casos. También se reclutaron hombres de los batallones de servicio regular. Al soldado Wilf Swales, de los Green Howards, lo transfirieron a la RMP en Egipto con la promesa de «un chelín diario extra».⁴⁵

Especialmente preocupante para la Policía Militar era el robo y venta de armas y munición británicas. Los colonos sionistas de Palestina, que planeaban su propia guerra contra los británicos, eran los principales compradores del botín robado. Dos líderes de la fuerza de autodefensa judía Haganá, Abraham Ratchlin y Lieb Sirkin, fueron sentenciados a siete y diez años de prisión, respectivamente, por comprar armas robadas.⁴⁶ Sus cómplices en los regimientos Royal Sussex y Royal East Kent recibieron sentencias de quince años de trabajos forzados. El comandante Crozier escribía: «La cantidad de robos de armas y munición era tremenda, y los “Chicos de la Calle” eran responsables de muchos de ellos».⁴⁷ Esta banda de desertores entablaba amistad con soldados para acceder a las bases y cantinas, de donde robaban armas, combustible, comida y otros suministros.⁴⁸ El SIB disparó y mató a tiros a varios de ellos. Otra banda de desertores, autodenominada «Cuerpo Británico Libre», sobrevivió mediante la venta de suministros militares robados hasta que sus miembros también fueron apresados.

En su carta del 7 de abril Auchinleck argumentaba que ninguna pena inferior a la capital proporcionaría «una conve-

niente disuasión en una buena cantidad de casos, de los que el peor ejemplo lo dan aquellos hombres para los que la alternativa de la prisión, con respecto a las privaciones y miserias de la batalla, no les implica ningún miedo ni estigma». En un memorando del 14 de junio al resto del Gabinete de Guerra, el secretario de Guerra, sir Percy James Grigg, parecía apoyar a Auchinleck. Escribió:

Mis asesores militares se muestran unánimes en su opinión de que la abolición de la pena de muerte por desertión del campo de batalla y cobardía ante el enemigo fue un error mayúsculo desde el punto de vista militar. Sostienen que la pena capital era una notable disuasión contra la mala disciplina frente al enemigo, que fácilmente podría significar la pérdida de una batalla e incluso de una campaña. En relación con este tema, cabría notar que el Ejército de los EE.UU. mantiene la pena de muerte para prácticamente todo el rango de delitos en que se aplicaba en el código británico de 1914-1918 (...).⁴⁹

Grigg, un funcionario de carrera al que Churchill había designado secretario de Estado de Guerra el febrero previo, desvió entonces su atención de los factores militares a los políticos:

Es un tema que despierta fuertes emociones, y para justificar una modificación de la actual ley habría que presentar hechos y cifras que prueben que la moral colectiva de las fuerzas británicas ante el enemigo es tan incierta como para que tomemos las medidas más drásticas a fin de evitar que se derrumbe. Cualquier prueba de este tipo supondría una profunda perturbación en la opinión pública británica y nuestros aliados, y un impulso a nuestros enemigos.

Concluía su informe diciendo que «sin embargo, si la única consideración fuese la eficacia militar, me mostraría a favor, como mis asesores militares, de reintroducir la pena de muerte para los delitos en cuestión. Pero los aspectos políticos son, en cualquier caso, en las presentes circunstancias, tan importan-

tes, si no más, que los militares». Grigg pidió a Auchinleck las cifras reales de la escala a que se producían las deserciones a fin de que el Gabinete pudiera llegar a una conclusión.

Ni la 51ª División, embarcada, ni las tropas en Egipto sabían nada de la petición por parte de Auchinleck de reintroducir la pena capital para quienes de entre ellos desearan desertar. Se mantuvo oculta al público por las mismas razones por las que Grigg se oponía a la pena de muerte: dañaría la moral colectiva del ejército, haría que la opinión pública sospechara mucho más del mando militar (ya en poca estima tanto por la opinión pública como por la prensa en aquella época, como señalaban las minutas del Gabinete) y proporcionaría al enemigo un arma propagandística. Grigg explicaba en un informe a Churchill que «si es necesaria una nueva legislación, los hechos y cifras deberían ser serios. Pero si son serios, no podemos permitirnos decírselos ni a nuestros amigos ni a nuestros enemigos».50 Además, las tropas de la Commonwealth que servían junto a los británicos no estaban sujetas a la pena capital.

Cambiar la ley implicaría que un soldado australiano y uno británico, en caso de desertar juntos, recibirían castigos muy diferentes: el australiano, de tres a cinco años de prisión; el británico sería fusilado.

Los mandos australianos y neozelandeses demostraron más preocupación por la moral colectiva de sus tropas que sus equivalentes británicos, los cuales, a su vez, se quejaban de la «blandenguería en cuanto a educación y mal entrenamiento(...)»51 de sus soldados. Las primeras unidades en fundar sanatorios para casos de problemas psiquiátricos cerca del frente de batalla fueron la 2ª División de Nueva Zelanda y la 9ª División australiana.52 Al permitir a sus hombres dormir y explicar sus miedos a los médicos, el personal sanitario australiano y neozelandés pudo recuperar para el campo de batalla hasta un 40 por ciento de sus víctimas psicológicas. Los británicos imitaron su ejemplo en agosto, cuando la 200ª Ambulancia de Batalla de los *Royal Medical Army Corps* («Reales Cuerpos Médicos del Ejército») estableció un «Centro de Descanso Médico» cerca de la línea de El Alamein. El general de brigada G. W. B. James, el

psiquiatra que probablemente acuñara el término «agotamiento por batalla», escribió que de los hombres tratados del mismo, «cerca de un 30 por ciento estable regresaban, en un estado bastante satisfactorio, a sus deberes de combate».53

El 18 de julio, el convoy de la 51ª División anclaba en Ciudad del Cabo. Por primera vez en un mes los hombres pusieron pie en tierra firme. Los sudafricanos blancos de la provincia angloparlante de Cabo les dieron una entusiasta bienvenida. El 19 de julio, mientras los gaiteros de la División desfilaban por las calles de la ciudad, Auchinleck envió una segunda súplica de ayuda desde El Cairo al Gabinete para contrarrestar las desertiones en masa tras [la pérdida de] Tobruk: «las recientes desertiones demuestran un alarmante incremento, incluso entre las tropas de máxima categoría. Los actuales castigos que se pueden infligir representan una disuasión insuficiente. Subrayaría que aquellos casos en que el desertor se lleva camiones con alimentos, agua y medio de transporte destinados a sus camaradas son mucho más serios que los casos similares durante la última guerra».54

Una semana después los Highlanders volvían a desembarcar, esta vez en Durban, al sonido de los gaiteros con *kilt* de la 7ª de la Guardia Negra. Desde Durban los barcos subieron por la costa de África en dirección norte hasta Adén. En las aguas situadas frente a la excolonia británica en Yemen el convoy se dividió. Algunos de los barcos se dirigieron a Irak e India; el resto atravesó el mar Rojo con destino a Egipto.

El 14 de agosto, la 51ª División Highlander desembarcó en Puerto Tawfik. El poema de Bain «Puerto de llegada» rememora las impresiones de un soldado extranjero al desembarcar en la salida más meridional hacia el canal de Suez:

El lugar que vemos
Es como imaginábamos que sería
Sólo que su mobiliario es un poco menos
Espectacular, más tedioso, y confesamos
Nuestro desencanto, un sentimiento
Como de pérdida, como de engaño.55

Los Highlanders establecieron su base en el desierto, al oeste de la ciudad canalizada de Ismailía, cerca de una aldea llamada El-Kasasin. La base comprendía cinco campamentos, cada uno de ellos, un rectángulo de mil metros de longitud por quinientos de anchura, con idénticas tiendas-trinchera, letrinas y depósitos de agua. Aquí comenzó un periodo de entrenamiento en el desierto y de aclimatación de aquellos hombres de las Tierras Altas de Escocia al verano egipcio. Los soldados aprendieron a orientarse y viajar por aquellas tierras áridas y sin puntos de referencia gracias a las brújulas; de noche, con la ayuda de las estrellas; de día, con la del sol. Durante un corto trecho, cada día, caminaban sin casco, gorras ni camisa para que su piel absorbiera la luz del sol sin quemarse.

Bain observó, en las interacciones sociales de sus camaradas con los locales, un odio racial que hasta entonces no había sospechado. Hombres de los barrios bajos de Escocia, ellos mismos muchas veces víctimas de abusos por las clases superiores a la suya, humillaban a la población local. Bain escribe: «recuerdo verme sorprendido y disgustado por la actitud hacia los egipcios cuando desembarcamos en Egipto. Era algo generalizado en todo el ejército. Sencillamente los llamaban *wogs*, (“negras”) y era válido hacerles cualquier cosa. Los pateaban, los golpeaban, los insultaban».⁵⁶

Winston Churchill y el jefe del Estado Mayor Imperial, el general Alan Brooke, habían volado a Egipto justo antes del desembarco de la 51ª División. El día en que llegaron los Highlanders, Churchill relegó al general Auchinleck de su doble desempeño como comandante en jefe de Oriente Medio y comandante del 8º Ejército. Él mismo y Brooke nombraron al general sir Harold Alexander comandante en jefe de Oriente Medio y colocaron al general William Gott al mando del 8º Ejército. El general Gott, sin embargo, resultó muerto cuando dos cazas Messerschmitt alemanes derribaron el avión que lo transportaba a El Cairo.

El oficial escogido para sustituirlo fue un enjuto general con una distintiva voz de falsete, muy poco militar, llamado Bernard Law Montgomery.

«Monty», que asumió el mando el 13 de agosto, realizó

cambios de inmediato en el 8º Ejército, cambios que quedaron plasmados en su famosa frase «no habrá más quejas ni retiradas». La moral colectiva mejoró gracias a la confianza exhibida por Montgomery, a los nuevos carros de combate americanos y a que el Eje no pudo explotar su victoria en Tobruk, al no poder presionar sobre El Alamein para llegar a Alejandría y El Cairo.

Muchos de los que desertaron tras Tobruk estaban regresando al ejército, entre la sensación general de que, después de todo, los británicos no iban a perder Egipto. Había demasiados de ellos como para realizar consejos de guerra, lo que hubiera atraído la atención y minaría el mito del Tommy británico, siempre valiente. Además, el 8º Ejército los necesitaba. Los soldados con experiencia eran más útiles en el frente que en prisión. Se readmitió a los soldados sin castigo alguno más allá del abuso al que los sometieran sus sargentos. Se degradó a los suboficiales a soldado raso y se los devolvió a sus unidades. Algunos de los desertores más ingeniosos, que habían sobrevivido en el delta del Nilo, se integraron en el recién creado Servicio Especial Aéreo (SAS) y en el *Long Range Desert Group* («Grupo de Desierto de Larga Distancia»), donde sus habilidades de supervivencia y su ingenio eran más apreciadas.⁵⁷ Algunos desertores resistieron, como descubrió el comandante Douglas H. Tobler mientras reunía datos de inteligencia en el desierto. En septiembre descubrió a un grupo de hombres que «por sus propias razones habían desertado de sus unidades o quizás no habían realizado el menor esfuerzo por regresar a sus líneas tras perderse durante un enfrentamiento con el enemigo».⁵⁸ Tobler, que no había ido a detenerlos, señaló que se los veía «felices de haber quedado fuera de la lucha, alegres de vivir gracias a su ingenio sabiendo que era poco probable que nadie comprobase sus credenciales».

Mientras Bain entrenaba en el campamento cerca de El-Kasasin, la División recibió la visita inesperada de Winston Churchill. El primer ministro pasó revista a las tropas y escribió, más tarde: «no se consideraba a la 51ª División Highland como “apta para el desierto”, pero ahora se trasladaba a esas magníficas tropas al frente del Nilo».⁵⁹

El «frente del Nilo» significaba, para el 5^o/7^o Gordons y el resto de la 153^a Brigada de la División, el desierto al sur de la carretera entre El Cairo y las pirámides de Guiza. Bain recuerda tomar el tren desde allí hasta Alejandría: «un árabe vendía huevos duros y pan; sencillamente le quitaron todo el material y lo metieron en el tren». ⁶⁰ Cerca de la Casa Mena, la casa de campo del siglo XIX del jedive Ismail Pachá, convertida en lujoso hotel en forma de pirámide, la 153^a Brigada cavó trincheras y construyó otras defensas para proteger El Cairo. Su esfuerzo fue en vano, porque Monty ya no planeaba defender El Cairo. Había llegado la hora de destinar a soldados como John Bain a una ofensiva abierta.